

EUGENI MADUEÑO

Montjuïc en obras

Eduard Durany, el biólogo que reintrodujo el halcón en Barcelona, Sergi García y Ana Menéndez, frente al acantilado del Morrot, donde anidan los cernícalos



ZONA PEATONAL

Montjuïc está patas arriba. En la montaña hay en marcha una docena de obras de gran impacto urbanístico. Se reforma –sólo 14 años después de renovarla– la fachada del Estadi; siguen incipientes las obras el Museu de l'Esport –aunque el cartel de la puerta dice que se acabarán este mes–; se construyen el Camí dels Cims, dos aparcamientos, el hotel Miramar, cuyo entorno privatiza un espacio hasta ahora público... Según el Ayuntamiento, estas obras se hacen para acercar la montaña de Montjuïc a la ciudad. Pero algunos sospechan que es al revés. Cada vez se hace más ciudad y se recorta más montaña. Así que los planes municipales en marcha para conseguir que “barcelonins i barcelonines” continúen viendo Montjuïc “com a parc central de la ciutat” no acaban de convencer ni a los ecologistas ni a vecinos de los barrios limítrofes, que han dado la voz de alarma sobre “el preocupante descenso del número de ejemplares de cernícalos en el acantilado del Morrot” y la proliferación de obras en la montaña.

Un paseo matinal –y soleado– con la pianista Ana Menéndez, presidenta de la asociación de vecinos de la Satalia –un barrio situado entre la montaña y el Poble Sec–; Eduard Durany, el biólogo que propuso y logró reintroducir el halcón peregrino en Barcelona, y el ambientólogo Sergi García, me permite objetivar esos temores. Acudimos a la montaña por lo que fue Can Tunis, el barrio adosado al cementerio que ejerció durante años de supermercado de la droga del que ya no queda vestigio alguno. Tampoco de la escuela Xavó-Xaví. Cruzamos la vía del tren que comunica el puerto con el mundo y alcanzamos la base del acantilado del Morrot tras superar la entrada a la vieja fábrica de los Rivière, un nombre que yo no logro disociar del periodismo progre. Eduard

Durany aparca su coche en una explanada sembrada de montoncitos de escombros que los camiones trasladan desde las obras del faro, y en seguida monta el telescopio que nos permite ver en vivo y en directo una de las tres familias de halcones peregrinos que viven en Barcelona –las otras dos parejas tienen sus nidos en la Sagrada Família y en la torre Macosa de Poble Nou–. Eduard se siente tutor de unas rapaces que ponen en jaque la proliferación de palomas y gaviotas en la ciudad, y que pudieron retornar al espacio urbano gracias a la complicidad del entonces concejal verde Pep Puig.

Ese mismo año (1999) se produjo otro hecho destacable, el descubrimiento por parte de Eduard Durany y del ambientólogo Sergi García de una veintena de parejas de cernícalos

(*Falco tinnunculus*) que anidaban en las oquedades del acantilado del Morrot. Es a sus pies donde nos hallamos ahora, conmocionados al ver como vuelan sobre nuestras cabezas, describiendo círculos amenazadores y cayendo en picado sobre un *aligot* –una rapaz de mediano tamaño depredadora de ratones– que prefiere retirarse antes que plantar batalla para seguir hibernando en estos riscos llenos de alimentos que protegen de los aires del norte a los crueros de lujo que atracan en nuestro puerto.

La existencia de una colonia de cernícalos en el Morrot fue recibida por el Ayuntamiento con alborozo. Hoy mismo el alcalde Hereu se felicita de tener en Barcelona la segunda colonia más importante de Europa de estas aves. Una colonia que desde el 2005, cuando se llevó a cabo el desvío del Llobregat, no ha dejado de disminuir. “El alejamiento de los campos de cultivo, donde los cernícalos capturan ratones y musarañas, ha provocado la drástica reducción de parejas”, dice Sergi García. De veinte a doce. “El tipo de gestión urbanística realizado en Montjuïc tampoco ayuda al mantenimiento de estas colonias de aves”, insiste.

De la gestión urbanística se queja Ana Menéndez, la presidenta de la asociación de vecinos de la Satalia, quien sueña ilusamente con una Barcelona que haga de Montjuïc el Tiergarten berlinés, el Bois de Boulogne parisiense o el Central Park neoyorquino. Promotora del Centre d'Estudis de Montjuïc, agrupación de profesionales que comparte idéntico sueño urbanístico-europeista, Ana desconoce la capacidad autodestructiva de la *gasiveria* catalana. Pensaba que éste era un país culturalmente nordeuropeo y ahora se horroriza al constatar que lo que delimita nuestra ambición urbana es el ladrillo y el cemento. “No entiendo –dice– que un depósito tan necesario y útil como el que recoge las aguas freáticas que se bombean desde el subsuelo del Liceu, y que han de servir para regar la montaña, se construya afectando la muralla del castillo”. Lo del depósito –un inhóspito cubo de cemento encastrado en el paisaje– es una más entre la docena de actuaciones urbanísticas que se llevan a cabo en la montaña.●

LA ANÉCDOTA

La importancia de ser cernícalo

■ Sergi García, ambientólogo de la asociación Galanthus que descubrió la colonia de cernícalos en el Morrot, ha escrito un correo electrónico al alcalde Hereu en el que le insta a pedir que la Generalitat considere esta zona urbana reserva natural parcial, lo que redundaría en una mayor protección de la flora y la fauna del acantilado y de la montaña de Montjuïc en su conjunto. El alcalde Hereu –sus funcionarios– le han respondido que el Ayuntamiento está haciendo todo lo posible por hacer de Montjuïc un verdadero parque central de la ciudad, entre otras cosas porque, como él quizás no sabe, “en él anida la más grande colonia europea de cernícalos”

CATALUNYA

CIUDAD

BARCELONA

Vives Fierro en el Penedès

ANTON M. ESPADALER

El pintor Antoni Vives Fierro, después de algo más de treinta años en el mismo estudio del paseo de la Bonanova, ha cambiado de aires y se ha instalado en la casa que él y su esposa, Emi, tienen en el Penedès. Una bella masía sobre una colina, desde la que se divisa un sereno mar de cepas desnudas, una suave ondulación de tonos ocres que obliga a detener la mirada y se convierte en un poderoso estímulo para la paleta.

Treinta años, sin embargo, son muchos, y Vives, que es un sentimental despierto, festivo y zumbón, se estuvo despidiendo de su viejo estudio durante todo el otoño. El estudio de un pintor es un lugar casi sagrado, un hábitat muy particular, de geografía abigarrada y variable, que va adquiriendo su carácter con el tiempo y que acaba por dar la impresión de contener una historia rica e intensa, que no se puede abandonar fácilmente.

Vives, con pretextos varios, estuvo invitando a cenar a sus amigos, en apariencia como siempre, pero tengo para mí que lo hacía con metódico orden, porque lo que perseguía era alargarse con ellos en una última y paladeada tertulia, en la que, mientras la atmósfera se impregnaba de un aroma

El pintor, después de más de treinta años en el mismo estudio de la Bonanova, cambia de aires ●●

caribeño, íbamos todos diciendo adiós poquito a poco, entre carcajadas y alegres destilaciones, a aquel ambiente acogedor y confortable, donde libros y lienzos se repartían el protagonismo.

En el Penedès acostumbraba a pintar en verano, de manera que le ha costado poco hacerse con el nuevo espacio. No obstante, uno tiene la sospecha de que los lugares en los que se trabaja a diario alguna influencia han de tener, sobre todo si el oficio de uno depende en gran parte de las sensaciones que percibe. No quiero decir con ello que Vives Fierro deje aparcadas sus temáticas urbanas y vuelva a dedicarse al paisaje –como ya hizo con notable fortuna tiempo atrás–, pero no me sorprendería, sin descartarlo completamente, que esa nueva ambientación se hiciera patente de uno u otro modo.

Fui a verlo el otro día, al caer la tarde, cuando las errantes estrellas de la Osa punteaban las siluetas de los cipreses y de la chimenea se escapaban cálidas sombras. En el sosiego casi monástico del nuevo estudio, me pareció que la inspiración había de nacer con la primera luz del día, y que, si se hacía la remolona, bastaba con asomarse a la ventana para sacarle todo el jugo. Quienes conocemos a Antoni Vives Fierro tenemos la absoluta certeza de que va a ser sabroso y abundante.●

HOY SUGERIMOS...

MO-MA Àvila, 19 Barcelona Tel. 659 18 49 83

Menús

■ Instalado en un amplísimo establecimiento en Poble Nou, en pleno 22@, Mo-Ma es el invento más personal de Montse Subirats y Marga Moret, dos amigas de toda la vida que han convertido un antiguo granero en un restaurante acogedor en el que la cocina catalana es la principal protagonista. La jornada comienza en esta casa de tonos anaranjados y detalles rústicos muy pronto. Y es que a las siete de la mañana ya se sirven bocadillos cuidados y bizcochos del día y al mediodía se ofrece un menú de cuidada elaboración y precio más que razonable con sabrosos aciertos como los peus



Un buen restaurante de menús

ANNA CANO

de porc, el capipota, los caracoles, el estofado de rabo de toro y el bacalao a la llauna. Al frente de la cocina, Montse y Marga miman los productos de primera calidad para garantizar el resultado más satisfactorio y desde el primer día de su inauguración –que tuvo lugar hace apenas un mes– atienden a los oficinistas y empresarios de la zona que agradecen el trato amable y la cocina casera del lugar. Aunque Mo-Ma (han compuesto este nombre con las dos primeras sílabas del nombre de las propietarias) sólo abre sus puertas hasta el mediodía, Montse y Margarita aceptan grupos para cenas. Eso sí, es obligatorio hacer la reserva con tiempo y conformar un grupo bastante numeroso. – MARGARITA PUIG